

vida sentimental y decepciones nacidas fuera de lo sentimental pero que acaban regresando a ello, como la decepción política del socialista de Umbral tiene un origen sentimental al que acaba regresando, o el libro de Espada es un esfuerzo de elevación intelectual por encima de la conmoción emotiva que lo originó.

Los autores con una conciencia literaria más aguda —y entre ellos están los citados, pero también otros nuevos y viejos, como Enrique Vila-Matas o Belén Gopegui— es posible que estén buscando el modo de corregir la inflación de sentimentalismo de la cultura literaria de la España contemporánea. No todos los lectores tienen la misma línea de flotación y a veces los naufragios los causan estibaciones desequilibradas de la carga: hay lectores con urgencias sentimentales, sin duda, pero los hay también sentidamente hambrientos de literatura sobre la desolación o la más simple, pura y justa desesperación. ¿Queda alguien así, dispuesto a levantar el dedo e identificarse como miembro insatisfecho del noveno país del *ranking* de los países más desarrollados del mundo y para el que las razones de su desasosiego sean sentimentales sólo de manera tangencial, subsidiaria?

Jordi Gracia

La filosofía japonesa*

Las décadas de permanencia del profesor González Valles en Japón han permitido acabar una obra como la que comentamos. En ella nos ofrece una articulación de materiales de naturaleza filosófica de primera mano, pero también entre página y página respiramos la hermosa serenidad del clima intelectual que proviene del país del Fujiyama.

Una de las contribuciones más destacadas de este estudio consiste en comprender los antecedentes sintoístas, confucianistas y budistas que se han alojado en el germen de la filosofía japonesa. Es lógico constatar que después de diversas etapas histórico-culturales el sinto, o sectas diversas del budismo, hayan en cierto modo desaparecido del panorama contemporáneo de la reflexión nipona, aunque sin duda es incuestionable que en el interior de la actual racionalidad japonesa siguen latiendo determinados criterios acordes con una clásica espiritualidad mística.

* *Jesús González Valles, Historia de la Filosofía Japonesa. Editorial Tecno, Madrid 2000, 561 pp.*

co-religiosa oriental. En este sentido, el mérito de la investigación del profesor González Valles descansa en ir examinando los diversos ciclos histórico-políticos de la nación que terminan por dar cuerpo a lo que hoy se puede denominar «filosofía japonesa». Sería un error asociar directamente dicha filosofía a filosofía «oriental» o «asiática» (como muchas veces se formula sin más) puesto que, tal como señala el autor, en Japón se producen diversas circunstancias (Guerra del Pacífico, Filosofía del Nacionalismo, Filosofía del Vacío y de la Nada, cuyo promotor es Keiji Nishitani) que terminan por proporcionar un perfil muy específico a la emergencia real de su propio filosofar.

El budismo deja en Japón una profunda conciencia de mutabilidad de todo lo existente y el confucianismo causa una ética que se constituye en un elemento ideológico típico del poder y del *status quo*. La combinación de ambos factores produce a la larga un discurso argumentativo y una mentalidad filosófica particular que puede muy bien distinguirse de otras características intelectuales habidas en Oriente. Es éste uno de los aspectos llamativos del libro que el autor coloca adecuadamente de relieve, así como subraya de manera permanente el valor de los criterios del Zen en la lógica y en la práctica de pensadores japoneses, como es notorio en D. T. Suzuki. Asimismo

estimo que resultan destacados los capítulos dedicados a investigar el itinerario del pensamiento cristiano en Japón, cuya irrupción se produce a partir de 1549, con la conocida evangelización de San Francisco Javier. El encuentro en las islas niponas de un mundo mental especialmente diferente cuestiona el basamento de la racionalidad filosófica eurocéntricamente asumida, ocasionando al esquema fe-razón (católicas) un enfoque perturbador y nuevo. Es sabido que para la «inteligencia» de la época todo aquello que no era teológicamente cristiano resultaba ser idolatría y paganismo, y en esta medida resulta pertinente hacer notar que este conflicto interreligioso pasa por dos etapas: tolerancia hacia el cristianismo (1549-1587) y persecución anticristiana (1587-1638). Entre ambos hitos históricos fecundan argumentaciones de uno y otro signo en torno a lo filosófico-religioso quedando en crónicas y en la historiografía del momento una serie de disputas y apologías reveladas, de forma sintomática. Por ejemplo, en una serie de traducciones de *De Imitationi Christi*, por un lado, y en publicaciones de títulos como «Hai-Yaso» (Anticristo) y «Hai-Daiusu» (Antidíós) del Apóstata Fabián, por otro, cuya presencia en el mundo intelectual del momento marcó época. Todo esto anticipa lo que en cierto modo continuó produciéndose durante años, consoli-

dándose a pesar de todo la presencia de la teología occidental en el contexto nipón, hasta el punto de que hoy puede hablarse sin inconveniente de un «cristianismo japonés» promovido por K. Kitamori (teología) y por S. Endo (literatura), entre otros.

Hagamos notar que la filosofía tomista entró en el país a partir del siglo XVI cuando una serie de misioneros hablan de la *Summa contra los gentiles* y de la *Summa Teológica*. Pero en realidad la investigación intelectual en torno al tema en Japón adquiere cualidades muy particulares gracias a los planteamientos académicos surgidos a raíz de la fundación en Tokio en 1911 de la Universidad de Sophia, promovida por los jesuitas.

Otra característica destacada que nos ofrece este estudio es demostrar cómo el filosofar japonés termina por quedar íntimamente ligado a una serie de expresiones culturales que ya han traspasado las fronteras típicamente orientales. El «logos» especulativo nipón está impregnado en la literatura que se produce en el país, en las diversas manifestaciones estéticas, en la conducta y en la moral que rige las relaciones de las personas en la sociedad, y este conjunto de consideraciones ético-filosóficas arrancan en Japón del único asunto de carácter universal por excelencia: en qué consiste la cuestión «Dios» y sus diversas implicaciones argumentativas en el quehacer especulativo nipón. En este

sentido, y a modo de ejemplo, podemos señalar el pensamiento de Bantó Yamakata (1748-1821) que lucha contra toda mitología y espiritualismo oriental, reivindicando un típico filosofar racionalista. Además de determinadas figuras que han dado un *corpus* muy valioso a la reflexión en torno a Dios y la metafísica, como Hagime Tanabe, Kitaro Nishida, Keiji Nishitani, etc. cabe hablar también, como lo hace el autor, de determinadas escuelas, como la de Kioto, que respira de forma constante la interpelación de corrientes filosóficas occidentales (agustinismo, existencialismo, filosofías de la religión, materialismo, marxismos). Es probable que en el futuro desde Japón puedan venir interesantes indagaciones en torno a la filosofía de la ciencia y la bioética, puesto que el acelerado desarrollo industrial de la nación da suficiente pie para ello. El entramado científico, financiero y tecnológico japonés proporciona un panorama intelectual especialmente llamativo para que la reflexión académica de esas distintas escuelas formulen consideraciones sistemáticas a propósito de la problemática del sujeto y del humanismo contemporáneo. Asimismo, estas propias escuelas han terminado por consolidar criterios filosóficos específicos, de cuyos contenidos epistemológicos se han hecho eco facultades de Norteamérica y Europa, ensanchando de este modo el patrimonio